



EL TIEMPO DE LA LECTURA: UNA MIRADA POÉTICA

Alex Silgado Ramos

Profesor de carrera de la Universidad del Tolima, IDEAD

Resumen

En este texto se comparte una reflexión sobre la lectura desde una perspectiva poética, alejándose de la rigidez académica para explorar la ambigüedad y la metáfora. En esta medida, se aborda la noción de “mirada poética” como una forma de crear presencia y atención en el presente, contraponiéndola a la aceleración y la dispersión del tiempo moderno, regido por el reloj y la lógica de la productividad. Además, se argumenta que la lectura, para ser una experiencia transformadora, requiere de un “tiempo robado” al frenesí cotidiano, un tiempo de ocio y de demora que subvierte la tiranía de lo útil y permite el acontecimiento y la autotransformación, equiparando este tiempo con el amor, algo que no se organiza, sino que simplemente es.

Palabras clave

lectura, poética, tiempo, atención, presencia, metáfora, ocio, experiencia, kairós, aión

CERO: Palabras de apertura

Quiero compartir unas palabras, unos gestos, unas ideas; quizá unos ires y venires del pensamiento que atraviesan todo lo que soy o estoy siendo al momento en que esto escribo. Tal vez, en estas reflexiones no encontrarán la coherencia discursiva que suele exigirse, especialmente en el ámbito académico. La precisión lógica que busca articular pensamiento, palabra y acción en una

armonía total no es la fuente de estas palabras que hoy deseo compartir.

Mi perspectiva se sitúa en un lugar distinto al de la claridad, tan valorado en el espacio académico, donde se espera que el discurso sea claro, concreto y preciso. Prefiero la penumbra de la metáfora, ese territorio de claroscuros que se mueve en la ambigüedad, en lo que se dice y se insinúa, en las contradicciones y los matices. Por lo tanto, es desde la metáfora, desde una mirada poética, que hoy elijo hablar. Esta perspectiva, a menudo menospreciada en el mundo académico, donde se prioriza la coordinación, la precisión, el orden lógico y la claridad, se aleja del “pienso, luego existo” para abrazar un “siento, y por eso existo”. No solo mi pensamiento se expresa en estas palabras, sino también mi cuerpo, mi sensibilidad; un modo de decir que reclama un tiempo justo, un tiempo robado para la lectura.

UNO: El lugar de la mirada

En un aparte del diálogo El banquete de Platón (2015), la sacerdotisa Diotima le dice a Sócrates:

Ya sabes que la palabra poesía tiene numerosas acepciones, y expresa en general la causa que hace que una cosa, sea la que quiera, pase del no ser al ser, de suerte que todas las obras de todas las artes son poesía, y que todos los artistas y todos los obreros son poetas (p. 523).

Releyendo estas palabras de Diotima, resuenan en mí ecos de lo que el poeta llama ‘crear presencia’: “El



oficio de la palabra, /más allá de la pequeña miseria /y la pequeña ternura de designar esto o aquello, /es un acto de amor: crear presencia” (Juarroz, 2020, p. 189). O de eso que Agamben (2005) nombra como “pro-ducción hacia la presencia” (p. 112), es decir, un modo de conducir algo hacia su propia manifestación.

Para los antiguos griegos, poiesis, cuya raíz etimológica procedía de poiein (producir, en el sentido de llegar a ser), definía no solo las diversas formas de producción humana –las actividades del artista, del artesano, del obrero, del agricultor–, sino también todo aquello que la naturaleza, espontáneamente, trae a la presencia. Sin embargo, la palabra poiesis contenía características singulares que la diferenciaban de otras formas de producción o, mejor dicho, de otras formas de hacer como la praxis (prattein, hacer, en el sentido de realizar).

En este sentido, Agamben (2005) nos explica que mientras la poiesis definía toda actividad cuyo fin era el paso o la producción de algo hacia la presencia, situando en el centro de esta actividad a la misma producción de presencia –un dejar acontecer–, la praxis ubicaba en su centro la idea de voluntad o determinación consciente o intencionada de un individuo que se expresa de manera inmediata a través de la acción –un hacer ser–. Así, para los griegos, el carácter esencial de la poiesis no residía en su aspecto de proceso práctico o expresión voluntaria de un individuo, sino en "su ser una forma de verdad, entendida como des-velamiento, alétheia" (p. 112). En pocas palabras, la esencia de la poiesis “reside en la producción de la verdad y en la consiguiente apertura al mundo para la existencia y la acción del hombre” (p. 117).

Esta verdad como des-velamiento, alétheia, no debe entenderse como una verdad metafísica, es decir, una verdad establecida de antemano, fija e inmutable, eterna y universal, que trasciende lo humano. Tampoco es una verdad como total correspondencia entre palabras y cosas, entre enunciados y hechos del mundo fáctico; ni mucho menos es una verdad traducible a un concepto o a un dato. Más bien, se trata de una verdad del tamaño del hombre,

es decir, histórica y finita: una verdad interpretada. Como bien sabemos, detrás de una palabra no está la cosa, sino otra palabra; no hay fondo, sino metáfora; no hay hechos, sino interpretaciones, sentido, semiosis infinita.

Esta verdad, entonces, es un alumbramiento y una ocultación, un des-ocultamiento, una apertura: un dejar a las cosas en libertad para que aparezcan, para que se manifiesten ante nosotros tal como son en ese instante. Es una verdad que nunca es completa, que muestra su luz velada y su sombra, su aspecto de verdad y no-verdad, que no evade el misterio.

Siguiendo a Bárcena (2012), la producción de presencia connota un crear, un hacer aparecer algo –una cosa, un cuerpo, la presencia misma– y tornarlo visible en el mundo. Lo poético, la poesía, hace visibles las cosas al producir algo, al materializarlo, al conducirlos a su propia visibilidad. Al traerlas a la presencia, también crea presencia, nuestra propia presencia; genera una atención, atención al presente mismo. Este traer a la presencia nos permite hacernos presentes en el presente, es decir, prestar atención, estar en lo que se está, caer en la cuenta. Solo cuando estamos atentos, cuando estamos en lo que estamos, cuando caemos en la cuenta de algo, nos hacemos presentes, al igual que ese algo se hace presente en nosotros.

Lo poético emerge como la posibilidad de crear, de materializar una presencia; la poesía es la casa de la presencia, dirá Paz (2014). Nuestra propia presencia se crea en el acontecimiento, y es allí donde eso que leemos o contemplamos nos afecta profundamente. Así, lo poético se revela como una atención al presente, como la posibilidad de hacernos presentes en él, como un estar en lo que se está, ese lugar donde el acontecimiento y la experiencia se hacen posibles.

En consecuencia, si lo poético es producción de presencia –un prestar atención, un hacer visible a las cosas, un conducirlos a su propia visibilidad–, es porque la poesía es ya mirada. Mirada que no solo crea la cosa, que la hace visible, que nos la da a ver, sino que también crea la mirada



misma. La poesía es mirada que enseña a mirar. Y esta mirada que aprendemos de (o desde) lo poético es, entonces, una mirada poética: una mirada presente, que crea presencia, que presta atención; una mirada atenta que no solo es efecto o acción de los ojos, sino también del pensamiento, de las palabras: “la poesía/ siembra ojos en la página,/ siembra palabras en los ojos./ los ojos hablan,/ las palabras miran,/ las miradas piensan” (Paz, 2004, p. 603).

En este sentido, hablar de mirada poética es asumir un modo de encarnar la palabra, una manera de prestar atención, de hacernos presentes en lo que se está. Esta “mirada poética” es fundamental para comprender el tiempo de la lectura, ya que nos invita a detenernos, a observar el mundo con detenimiento y a encontrar significado en la ambigüedad y la metáfora, cualidades esenciales de la experiencia lectora.

DOS: Los signos de este tiempo

Tantas veces se ha dicho que uno de los males de esta época es el tiempo mismo: su aceleración, la prisa, la premura, la fugacidad. En las primeras páginas de *El respirar de los días. Una reflexión filosófica sobre el tiempo y la vida*, el filósofo español Josep María Esquirol plantea una pregunta recurrente: “¿Cómo es que hoy, en plena época de los relojes y cronómetros de máxima precisión, apenas tenemos ‘tiempo’ para nada?” (2009, pág. 10). Este “apenas tener tiempo para nada”, que suena a reclamo y lamento, se corresponde con una forma particular, más bien un instrumento, de medir el tiempo: el reloj.

Y es que, cada vez que buscamos una imagen para el tiempo, pensamos en el reloj: “Llamamos tiempo a lo que el reloj trasmite mediante el simbolismo de su esfera” (Elías, 1989, pág. 24). O, como dice Safranski (2013, pág. 11), cuando nos preguntamos “¿qué es el tiempo?”, solemos responder que “es aquello que miden los relojes”; confundiendo así la idea misma de tiempo con uno de los instrumentos que utilizamos para medirlo. De manera que, aunque el reloj no es el tiempo, se constituye en una forma de comprenderlo y organizarlo: “El reloj no es solo un

objeto psíquico, es sobre todo un objeto social. Podría decirse que es un instrumento para la socialización del tiempo” (Safranski, 2013, pág. 11).

Además de ser un instrumento de socialización, el reloj también homogeneiza el tiempo: “El tiempo público de los relojes, que regula el tráfico y el trabajo, se interioriza como una conciencia subjetiva del tiempo” (Safranski, 2013, pág. 16). En tanto instrumento de socialización y homogenización del tiempo, el reloj regula la conducta y las acciones individuales y colectivas: “Al ver el reloj sé qué hora es, no solo para mí sino para toda la sociedad a la que pertenezco” (Elías, 1989, pág. 24). En este sentido, el tiempo que marca el reloj se traduce en cierto mandato, un imperativo a partir del cual organizamos o le damos dirección a eventos, actuaciones y modos de vida. El tiempo del reloj también es coacción de esos eventos, actuaciones y modos de vida, sobre todo, en tiempos como los de hoy:

Vivimos hoy bajo un estricto régimen del tiempo. Tenemos tiempos de trabajo, de ocio, escolarización y formación exactamente regulados, así como horarios coordinados con toda precisión en el tráfico y la producción. En cualquier ocasión hay que atender a los plazos, especialmente en los exámenes y en los préstamos. En la economía competitiva se trata de ganar tiempo: hay que llegar primero al mercado con los nuevos productos, es necesario introducir una mayor rapidez a las innovaciones. Bajo esa presión de tiempo, él mismo se transforma en una especie de objeto, que podemos dividir, dedicar, acelerar, ahorrar, emplear bien y vender. Es simplemente un objeto ‘escaso’” (Safranski, 2013, pág. 20).

Un ‘apenas tener tiempo para nada’ es la forma de nombrar la actual escasez del tiempo de la que todo el mundo habla. Un tiempo transformado en mercancía que también mercantiliza nuestras vidas. Un tiempo que se cosifica y nos cosifica a través de las manecillas de un reloj que marca cierta precariedad de nuestra vida desbocada por la prisa, por el rendimiento, por la disponibilidad, por la novedad, por la premura, por el indicativo de un permanecer dispuesto y disponible 24/7.



Vale recordar aquí: *Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj*, ese breve relato de Cortázar (2016), que, de manera un tanto irónica, nos descubre algunos significados –cruels– para ese indefenso aparato que no solo está en las paredes de las casas y oficinas, sino que también nos acompaña en nuestro pulso a todas partes:

cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. (...) Te regalan -no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo (...). Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico (pág., 27).

También, en su ensayo filosófico sobre el arte de demorarse: *El aroma del tiempo*, Byung-Chul Han (2015), nos mostrará que este ‘apenas tener tiempo para nada’, es consecuencia de un tiempo que se ha quedado sin sostén, sin dirección, sin duración, sin compás, ni ritmo ordenador. Un tiempo discontinuo, que se reduce a la atomización de instantes sin conexión entre ellos, y se vacía de toda narratividad. Un tiempo de la fugacidad y de lo efímero: *disincrónico*. Un tiempo disperso que desborda en una forma de vida dispersa:

La dispersión temporal no permite experimentar ningún tipo de duración. No hay nada que rija el tiempo. La vida ya no se enmarca en una estructura ordenada ni se guía por unas coordenadas que generen duración. Uno también se identifica con la fugacidad y lo efímero. De este modo, uno mismo se convierte en algo radicalmente pasajero (p. 9-10).

Esta dispersión significa el colapso de la atención; entendida esta, como una de las formas temporales de la demora, es decir, del cuidado, del estar en lo que se está. Tal colapso es, en gran medida, una respuesta al frenesí de una vida marcada por la aceleración de las manecillas del reloj, una vida 24/7, en la que el exceso demanda una particular forma de gestión del tiempo y la atención, que no es el del cuidado y la duración. El individuo 24/7 tiene la obligación de ahorrar el tiempo, de hacerlo efectivo y

eficaz, además de estar disponible y dispuesto para responder a las múltiples y simultáneas tareas, impulsos, estímulos e informaciones que mueven su vida. En estas condiciones, la atención se amplifica hasta fragmentarse, hasta colapsarse, hasta dispersarse. Se trata de una *hiperatención*, que lo que gana en amplitud lo pierde en profundidad. Es la hiperatención superficial propia de un individuo *multitasking*. Un individuo que ‘apenas tendrá tiempo para nada’.

Será la filósofa francesa Simone Weil, quien nos dirá, que las cosas fundamentales de la vida necesitan de la atención. Porque sin atención, es decir, sin hacerse presente en el presente o, mejor, sin estar en lo que se está es imposible tejer experiencias; se anula la posibilidad del pensar. La atención no solo les imprime demora y duración a nuestras acciones, sino también dirección. De allí, que el gran fracaso de una atención multitareas, de un individuo multitasking, es haber perdido la capacidad de demorarse, de concentrarse, de interrogarse, de contemplarse, de pensarse, de cuidarse; gestos que se corresponden con la posibilidad un hacerse presente en lo que se está. Gestos necesarios para que la lectura devenga en experiencia; la experiencia de lectura.

TRES: El tiempo de la lectura

Hacia la página número 84 de los Apuntes II. Obra completa VII, de Canetti, podemos leer el siguiente apunte:

Leer mientras se oye el tic tac del reloj,
lectura responsable. Leer con todos los
relojes parados, lectura feliz.

De nuevo el reloj mostrando su frenetismo, aguzando el tiempo. También la lectura es víctima de ese ‘pequeño infierno florido’. Sin tiempo, sin la posibilidad de la demora, no hay atención. Y sin atención es imposible que la lectura devenga en ‘lectura feliz’, es decir, en experiencia: la posibilidad de que lo leído nos pase, nos atraviese y al atravesarnos nos forme, nos transforme; nos permita devenir otros de nosotros mismos: “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos” cantará su



vmetamorfosis el poeta. Parar el reloj, silenciarlo, es abrirnos a un tiempo otro que no está marcado por el frenetismo de un Chronos, que termina devorándonos, sino por el espontáneo y justo Kairós o, mejor, por el poético Aión que nos abre a la experiencia de un tiempo abierto, sin principio ni final; un tiempo niño en el que no estamos presionados por la utilidad de las cosas, sino por su gratuidad. Un tiempo de la infancia en el que todavía, como dice Mía Couto (2011, p. 104), estamos disponibles para sorprendernos, en el que todavía no es demasiado tarde. Un tiempo niño, tiempo infante, en el que, como nos enseña Momo, estamos abiertos a la escucha: “Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie era escuchar” (Ende, 2014, p. 20).

Hablar del tiempo de la lectura, entonces, es tener tiempo para ella, hacerse presente en ella; porque leer es un arte del tiempo; porque leer interrumpe el tiempo; porque leer demanda otro tiempo; porque leer inventa otro tiempo, un tiempo otro dentro del tiempo. No ya el tiempo del reloj, no ya un tiempo disincrónico, no ya el tiempo 24/7, no ya el tiempo utilitario y utilitarista en el que estamos dispuestos y disponibles siempre, en el que nos rendimos al consumo mientras nos consumimos; sino un tiempo otro, en el que todavía tenemos tiempo, en el que todavía es posible lo posible o lo imposible, en el que todavía acogemos la demora, la duración: “Duración, mi calma, / Duración, el lugar donde me detengo a descansar. / (...) Quien no ha sabido nunca lo que es la duración no ha vivido” (Handke, 2019, p. 79). Un tiempo aparte; un tiempo separado de todo prisa y premura; un tiempo demorado; un tiempo del ocio y no del neg-ocio.

De este modo, el tiempo de la lectura es subversivo porque crea otro tiempo dentro de este tiempo; un tiempo otro que se sustrae del imperativo de la prisa, que se sustrae de las lógicas del consumo, que interrumpe las demandas de la producción, que pone en suspenso la tiranía de lo útil. Un tiempo otro que subvierte, que pervierte, que controvierde lo ya dado, lo ya establecido, lo ya controlado, y nos abre a la posibilidad del

acontecimiento, a la posibilidad de que algo nos pase de una forma singular y única.

En pocas palabras, el tiempo de la lectura es un tiempo que solo se puede tener o al que solo se puede acceder, como lo dice Pennac (1993), cuando se roba. Se trata entonces, de un tiempo robado al tiempo. Un tiempo robado a la dispersión. Un tiempo robado al reloj. Un tiempo robado a la prisa. Un tiempo robado al consumo. Un tiempo robado a la producción. Un tiempo robado al trabajo. Un tiempo robado a la utilidad... Un tiempo en el que estamos en lo que estamos. Un tiempo atento; tiempo poético, tiempo de y para la atención.

Ahora, para finalizar, y sin ninguna pretensión explicativa, quisiera citar en extenso las palabras de Pennac:

Sí, pero ¿a qué parte de mi distribución del tiempo quitar esa hora de lectura diaria? ¿A los amigos? ¿A la tele? ¿A los desplazamientos? ¿A las veladas familiares? ¿A los deberes?

¿De dónde sacar tiempo para leer?

Grave problema.

Que no lo es.

Desde el momento en que se plantea el problema del tiempo para leer, es que no se tienen ganas. Pues, visto con detenimiento, nadie tiene jamás tiempo para leer. Ni los pequeños ni los mayores. La vida es un obstáculo permanente para la lectura.

—¿Leer? Ya me gustaría, pero el curro, los niños, la casa, no tengo tiempo...

—¡Cómo le envidio que tenga tiempo para leer!

¿Y por qué ella, que trabaja, hace la compra, educa a los niños, conduce su coche, ama a tres hombres, visita al dentista, se muda la semana próxima, encuentra tiempo para leer, y ese casto rentista soltero no?



El tiempo para leer siempre es tiempo robado. (Al igual que el tiempo para escribir, por otra parte, o el tiempo para amar).

¿Robado a qué?

Digamos que al deber de vivir.

Ésta es, sin duda, la razón de que el metro — símbolo arraigado de dicho deber— resulte ser la mayor biblioteca del mundo.

El tiempo para leer, al igual que el tiempo para amar, dilata el tiempo de vivir.

Si tuviéramos que considerar el amor desde el punto de vista de nuestra distribución del tiempo, ¿qué arriesgaríamos? ¿Quién tiene tiempo de estar enamorado? ¿Se ha visto alguna vez, sin embargo, que un enamorado no encontrara tiempo para amar?

Yo jamás he tenido tiempo para leer, pero nada, jamás, ha podido impedirme que acabara una novela que amaba.

La lectura no depende de la organización del tiempo social, es, como el amor, una manera de ser.

El problema no está en saber si tengo tiempo de leer o no (tiempo que nadie, además, me dará), sino en si me regalo o no la dicha de ser lector.

Discusión que Tupé y Camperas resume en un eslogan arrasador:

—¿El tiempo para leer? ¡Lo tengo en el bolsillo! A la vista del libro que saca de él (Leyendas de otoño

de Jim Harrison, 10/18, edición de bolsillo), Burlington aprueba, reflexivo:

—Sí..., cuando te compras una chaqueta, ¡lo importante es que los bolsillos tengan un formato adecuado!

... Quizá, querido lector, este fragmento de Pennac te dé el valor necesario para convertirte en ladrón del tiempo...

Bibliografía

- Agamben, G. (2005). *El hombre sin contenido*. Barcelona: Áltera.
- Bárcena, F. (2012). *El aprendiz eterno. Filosofía, educación y el arte de vivir*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Bárcena, F. (2016). *En busca de la educación perdida*. Rosario: Homosapiens ediciones.
- Concheiro, L. (2016). *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*. Barcelona: Anagrama.
- Cortázar, J. (2016). *Historias de cronopios y de famas*. Colombia: Debolsillo.
- Ende, M. (2014). *Momo*. Colombia: Alfaguara.
- Elías, N. (1989). *Sobre el tiempo*. México: F.C.E.
- Esquirol, J. M. (2009). *El respirar de los días*. Barcelona: Paidós.
- Han, B. C. (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Barcelona: Herder.
- Handke, P. (2019). *Poema a la duración*. Barcelona: Lumen.
- Pennac, D. (1993). *Como una novela*. Barcelona: Anagrama.
- Safranski, R. (2013). *Sobre el tiempo*. Barcelona: Katz Editores.